

LA OFENSA

por Francisco-Manuel Nácher

Es irracional ofenderse por lo que otro nos diga. En las palabras no hay nada que nos pueda dañar. Pensemos sino: ¿Cómo hubiéramos reaccionado si no las hubiéramos oído o no hubiésemos sabido que se pronunciaron? No hubiéramos reaccionado en absoluto. Por tanto, está claro que el daño que nos puedan hacer es sólo creación nuestra. Y que, consecuentemente, seremos nosotros los culpables de la perturbación emocional que esas palabras nos produzcan.

La verdad es que, vistas así las cosas, nadie puede ofendernos si nosotros no queremos ser ofendidos. Lo tenemos, pues, fácil.

Y, ojo; el mismo razonamiento sirve para lo que los demás piensen de nosotros. Exactamente lo mismo. ¿Por qué, pues, nos ha de preocupar la opinión de los demás? La única opinión que, de verdad, nos debe importar y nos puede afectar es la nuestra.

Porque, además, lo que los demás piensan de nosotros nunca lo sabremos. Sólo sabremos lo que nosotros imaginamos que piensan. Y estamos otra vez ante una creación nuestra. Lo cual demuestra, una vez más, lo ilógico de nuestro enfado.

* * *